

DIKAIOSYNE N° 2 /1999

Reseña: Pompeyo Ramis y su Ideario filosófico de Xiberta.

Págs. 269 - 275

Pompeyo Ramis

y su Ideario filosófico de Xiberta.

Sin ser la persona mas indicada para ello (porque aunque también hice estudios de filosofía y con título de Licenciado, no soy especialista en el área como sí lo es Pompeyo Ramis), he querido aceptar hacer esta presentación de su último libro como homenaje mío muy personal a quien reconozco como gran pensador, maestro universitario de muchos quilates y amigo de largos años. Por una cierta “armonía pre-establecida” -como diría Leibnitz- nuestras dos existencias han seguido recorridos paralelos y pudieran parecerse en que ambos hemos pasado por esas 3 metamorfosis de que habla Nietzsche en el primer libro de Zaratustra. “El espíritu que deviene en camello, camello que deviene en león, el león que deviene en niño.

El camello es animal de carga. Ambos hemos “camelleado” duro en más de 30 años de docencia y trabajo universitario. Hemos llevado el peso de los valores morales y culturales, los fardos de la educación. Y todo ello por travesías de desierto árido, sin muchos oasis ni dulces compensaciones, con sensación de soledad de escaso reconocimiento, de dunas interminables... Y ese mismo ámbito educativo y universitario nos ha deparado luchas de muy diverso tipo. El animal dócil ha tenido, a veces, como un león que rugir duro, mostrar garra. Y cuando la presa y la presea parecían al alcance, se han desvanecido. Los logros y éxitos en nuestro rutinario, modesto trabajo literario, intelectual y científico, no han sido fáciles, sino resultado de mucho “jugo de rabadilla” (como decía con graficidad Papini) y de una larga perseverancia sin capitulación. Pero hacia el final, el león se vuelve niño. Alguien renacido, como un nuevo comienzo y una nueva creación. Más allá de los años de la madurez, quizás coincidiendo con una muy merecida jubilación o licencia, se comienzan a libar las mieles de la vida, los vinos añejos con sus recónditos secretos; se repasan pasos recorridos, se saborean de nuevo acontecimientos, sitios, experiencias. Se reencuentra la belleza del amor, se disfruta de una especie de infancia espiritual reservada solamente a los sabios y a los santos...

Cuando la invasión vertiginosa de los multimedia de la informática, de la explosión del saber fraccionado e inmediato (a la que asistimos y en cuyo vórtice estamos) haría pensar que la era del saber escrito y del libro sería algo del pasado, que la marea de la filosofía y de las profundas corrientes de reflexión de la historia no llegarían a tocar la playa próxima del siglo XXI, nos encontramos maravillados ante hechos actuales que muestran que la filosofía no es una más de tantas modas que llegan y que pasan, no es una simple erudición de datos que responden a una determinada época, sino que es un quehacer perenne, una exigencia permanente del espíritu humano a través de todas las épocas. Basta pensar, por ejemplo, en lo que es actualmente el éxito de librería (en mas de 15 ediciones y 40 países) de la obra del noruego Jostein Gaarder, Sofias Verden, traducido por Editorial Norma de Colombia en 630 páginas: El Mundo de Sofia. Novela sobre la historia de la filosofía. Allí el autor muestra cómo en todas las épocas, los seres humanos se han hecho preguntas sobre el universo, sobre la vida, sobre el más allá... a las que se ha intentado dar respuestas. “No se conoce ninguna cultura que no se haya preocupado por saber quiénes son los seres humanos y de dónde procede el mundo... Unos de los viejos filósofos griegos que vivió hace dos mil años (se refiere a Sócrates) pensaba que la filosofía surgió debido al asombro de los seres humanos. Al ser humano le parece tan extraño existir que las preguntas filosóficas surgen por sí solas, opinaba él” (p.12-13).

Pero, ¿qué es filosofía?

* “Entendiendo por filosofía la posibilidad de pensar en las cosas, de hacer preguntas, de ver contradicciones. Asumo el concepto de filosofía en un sentido muy amplio, en el sentido griego de amor a la sabiduría. Es un filósofo el hombre que quiere saber; el hombre que aspira a que el saber sea la realización de su ser; el hombre que quiere saber por qué hace algo, para qué lo hace, para quién lo hace; el hombre que tiene una exigencia de la autonomía” (Estanislao Zuleta, Educación y democracia, Bogotá, Corporación Tercer Milenio, 1995).

* “La filosofía no puede ser identificada con las ciencias especiales ni limitada a un sólo terreno. Es en cierto sentido una ciencia universal... Se distingue, tanto por su método como por su punto de vista. Por su método, porque al filósofo no se le veda ninguno de los métodos de conocer... La filosofía se distingue además de las otras ciencias por su punto de vista. Cuando considera un objeto, lo mira siempre y exclusivamente desde el punto de vista del límite, de los aspectos fundamentales. En este sentido la filosofía es una ciencia de los fundamentos. Donde las otras ciencias se paran, donde ellas no preguntan y dan mil cosas por supuestas, allí empieza a preguntar el filósofo. Las ciencias conocen; el filósofo pregunta qué es conocer. Los otros sienten leyes; el filósofo se pregunta qué es Ley. El hombre ordinario habla de sentido y finalidad; el filósofo estudia qué hay que entender propiamente por sentido y finalidad. Así la filosofía es también una ciencia radical, pues va a la raíz de manera más profunda que ninguna otra ciencia. Donde las otras se dan por satisfechas, la filosofía sigue preguntando e investigando” (J.M. Bochenski, Introducción al pensamiento filosófico, Barcelona Herder, 1990).

Y esto ha sido y es Pompeyo (con su nombre de general conquistador, que amplió las fronteras del Imperio Romano por el Este). Pompeyo ha sabido desde muy joven asombrarse ante las realidades del mundo y los seres circundantes, planteándose preguntas inteligentes; se ha interesado siempre por el creciente mundo de las ciencias, pero siempre con esa actitud fundamental, radical, inquisitiva que plantea las grandes cuestiones (actitud propia del verdadero filósofo). Y ha tenido el don de comunicar a otros su actitud reflexiva y llevarlos de la mano (con atinada metodología y pedagogía) para que sepan también filosofar, cumpliendo aquella sensata recomendación de Kant: “No se aprende filosofía, sólo se aprende a filosofar”.

De allí, la amplia y valiosa producción escrita que nos viene dejando como retazos de sí mismo, en cuanto pensador, educador, filósofo. Son 5 libros desde 1976 hasta 1996; 19 ensayos principales, sin contar sus valiosas intervenciones en 13 congresos internacionales. Ha sido profesor invitado en las universidades de Santo Tomás y La Salle de Bogotá; del Zulia en Maracaibo, de la Complutense en Madrid. Y recibido distinciones notables como las de Miembro de Honor del Instituto de Derecho Comparado de la Universidad Complutense, miembro de Honor del Instituto de Derecho Comparado de la Universidad de Carabobo, Miembro de la Sociedad Venezolana de Filosofía.

Sus libros son:

La enseñanza de la filosofía en Venezuela (Mérida, 1976).

Veinte filósofos venezolanos (Mérida, 1978).

La razón filosófico-jurídica de la Independencia (Caracas, 1984).

Lógica y crítica del discurso (Mérida, 1989).

Ideario filosófico de Bartolomé Xiberta (Mérida, 1996).

“El estilo es el hombre” decía con razón Buffon. Porque uno como escritor, quiéralo o no, se refleja de cuerpo entero y de mente en sus obras. Mucho más el filósofo escritor. La misma selección de sus temas preferidos, el enfoque con que los aborda y desarrolla; la óptica que adopta para analizarlos; los métodos que utiliza; las conclusiones a que llega y los propósitos o fines a los que hace servir sus conocimientos y verdades filosóficas, configuran los rasgos de ese “alter ego” que es su obra pensada y escrita.

Cuando Pompeyo está pasando revista a esos Veinte filósofos venezolanos (1946-1976) sobre los que escribe en 1977, está ofreciendo un interesante itinerario personal suyo a propósito de pensadores independientes como Briceño Guerrero, de marxistas como Nuñez Tenorio y Ludovico Silva, de ensayistas como Mayz Vallenilla, Capelletti, Nuño; de filósofos del Derecho como Lino Rodríguez-Arias, Delgado Ocando, Petzold Pernía. Y cuando Pompeyo elabora, en su último reciente libro, un Itinerario filosófico de Bartolomé Xiberta, más que un itinerario nos está dejando como legado suyo una radiografía de su pensar profundo filosófico y de su radicalidad metafísica. Algo que sobrecoge por su claridad, precisión, profundidad y sustancialidad, como él es.

Pompeyo se muestra aquí maestro en el arte de la lógica, pues sabe diferenciar los planos, los órdenes y los límites. Es, como metafísico, un navegante seguro, que sabe distinguir los dos mundos, a veces en relación de oposición a veces en relación de complementación; los mundos de la esencia y de la apariencia, de lo verdadero y de lo falso, de lo inteligible y lo sensible. Sabe adentrarse en el problema crítico del conocimiento y bucear en la no fácil estructura del acto cognoscitivo. La Ontología, la ciencia profunda del ser y del ente, es su fuerte. La teoría de la evolución y de la volición del ser humano no le es ajena y conoce sus mecanismos. Y como confluencia de muchas de sus trayectorias filosóficas, Pompeyo sabe manejar con propiedad los llamados prolegómenos de la fe (praeambula fidei) en los que una sana reflexión humana sabe acoplarse a los grandes lineamientos y verdades que nos han llegado por Revelación libérrima de Dios en la historia y no son simple invento humano. Allí las llamadas por Tomas de Aquino “vías” de acceso racional al problema de la existencia de Dios; el carácter racional de la fe y las condiciones de su racionalidad; los aspectos inteligibles de los dogmas y otros más, nos permiten descubrir al eminente filósofo y al creyente profundo, no en divorcio y menos en pugna, sino en amigable asocio y aun contubernio, si no ya en matrimonio místico como fue el caso de Xiberta, a quien analiza certeramente como hombre, como filósofo y como místico.

Felicitaciones, Pompeyo ¡Que como hombre, como filósofos y como amigo sigas colmando en nuestras mentes la sed de lo infinito, mostrándonos cómo ver a mil millas de distancia y a ilímites profundidades del ser, ayudándonos a atisbar y a perseguir un significado y un fin más alto para la vida!

Eres modelo como camello, pero sublimado, y como lo ve el poeta colombiano Guillermo Valencia:

Oh artista! Oh camello de la Llanura vasta,
que vas llevando a costas el sacro Monolito!
Triste de Esfinge !Novio de la Palmera casta!
Tú sólo puedes calmar la sed de lo infinito!.

Eres modelo también, como Juan Salvador Gaviota, el de Richard Bach:

¿Quién es más responsable que una gaviota, que encuentra y persigue un significado, un fin más alto para la vida?...

Si hay alguien que pueda mostrarle a uno en la tierra cómo ver a mil millas de distancia, ése será Juan Salvador gaviota...

Tenéis que comprender que una Gaviota es una idea ilimitada de la Libertad, una imagen de la Gran Gaviota, y que todo vuestro cuerpo, de extremo a extremo del ala, no es más que vuestro propio pensamiento.

Eres también león. Sigue siéndolo, porque nunca podemos bajar la defensa.

Y eres ahora niño, la mas bella síntesis del universo, porque todos los adultos llevamos dentro un niño, pero mucho más el que es sabio pensador y filósofo.

Enrique Neira Fernández

*PhD, teólogo y politólogo
Universidad de Los Andes*